

Qué delicia convivir los hermanos unidos

(Salmo 133)



Carta sobre la fraternidad

Este icono proviene del monasterio de Baouit en el Egipto Medio. Data del siglo VIII, y representa a Cristo con una mano puesta en el hombro del Abad Mena, superior del monasterio, en señal de fraternidad. El abad tiene en su izquierda un pergamino, que podría contener la regla del monasterio del que es responsable (departamento de Antigüedades Egipcias del Museo del Louvre).

**Qué delicia convivir
los hermanos unidos**

(Salmo 133)

Carta sobre la fraternidad

Carta nº 3 del Superior General

*« Amaos los unos a los otros
como yo os he amado »
(Jn 13, 34)*

INTRODUCCIÓN

Redactar una carta sobre la fraternidad es una manera de precisar lo que queremos decir cuando hablamos del asuncionista, “hombre de comunión”. La fraternidad es la ilustración del mandamiento del amor al prójimo. Es también la denominación de la Iglesia, la comunidad de los creyentes, el Pueblo de Dios. Pero la fraternidad es también un objetivo. Se trata de llegar más lejos en el respeto a la diferencia y la alteridad. Es también un medio para descubrir más profundamente a Dios, que es el Padre de todos en Cristo Jesús, su Hijo único, nuestro hermano.

En más de una ocasión, visitando las comunidades, he constatado que nos costaba emplear espontáneamente la palabra “hermanos”. Muchas veces recurríamos a un sinónimo aproximativo, como “confrère” (compañero), para designar a quienes comparten con nosotros la consagración religiosa. ¿Por qué usar con preferencia la palabra ‘compañero’, cuando ésta tiene un significado distinto de la que pensamos utilizar? ¿Por qué esa reticencia a emplear el lenguaje de la fraternidad?

El diccionario precisa, sobre la palabra “compañero”, que se trata de “una persona que pertenece a una profesión, a una empresa, a una compañía, considerada en referencia a los demás miembros de la sociedad”. Tiene claramente un significado profano y secular. En cambio, la palabra “hermano”, en

sus múltiples significados, presenta una apertura más conforme a la tradición religiosa. Se trata en primer lugar de individuos que tienen el mismo padre, y secundariamente de personas con las que compartimos un destino común.

Creo que hay un cierto temor a usar una palabra que nos sumerge en el misterio de la filiación divina y de la relación fraterna. Un temor que nos lleva a utilizar perífrasis o aproximaciones para no tener que situarnos frente a esa realidad.

Esta carta tiene por objeto reflexionar sobre la fraternidad, que es algo constitutivo de la Iglesia y de nuestra fe. Somos hermanos porque somos hijos de un mismo Padre. Y Cristo es el hijo mayor de una multitud de hermanos.

También me ha impactado una observación de Voltaire que se cita a veces en nuestras comunidades. Habla de los monjes y describe así la vida comunitaria en un relato titulado *El hombre de los cuarenta escudos*:

“Es una máxima bastante conocida que los monjes son gentes que se congregan sin conocerse, viven sin amarse, y mueren sin llorarse”.

¿Es así la realidad? ¿Es ésa la imagen que damos a contemplar a quienes no conocen la riqueza y la belleza de la vida fraterna?

Tenemos que volver sobre la fraternidad porque es constitutiva de nuestra fe en Jesucristo.

Esta carta va dirigida a todos los religiosos, pero también a los laicos de la Alianza, como lo hago ahora siempre que escribo para la Congregación. La fraternidad no puede ser vivida en plenitud si no está ampliamente abierta a todos. También los laicos asuncionistas tienen vocación de vivir plenamente la llamada a la fraternidad universal según nuestro espíritu.

I. A LA RAÍZ DE LA FRATERNIDAD

El vocablo “fraternidad” en la historia de la Iglesia

Desde muy pronto la palabra “fraternidad” se utilizó para hablar de la Iglesia. Los dos términos son sinónimos. Las Epístolas de San Pedro son los testigos más claros de este uso. 1 Pedro 5, 9: “Satanás ronda, buscando a quien devorar. Resistirle, firmes en la fe, sabiendo que los mismos sufrimientos acosan a vuestra Fraternidad en el mundo”. Así mismo en 1 Pedro 2, 17: “A todos los hombres, respetadlos; en cuanto a la Fraternidad, amadla”. En muchos idiomas la palabra “fraternidad” tiene un doble significado. El más corriente es la virtud de amor al hermano, y se olvida que la “hermandad” es en realidad la comunidad de los hermanos. Las traducciones recientes no marcan la diferencia, pero en griego es muy clara: *adelphotes* no es lo mismo que *philadelphia*.

Un teólogo contemporáneo, el Padre Michel Dujarier, ha estudiado mucho este concepto de fraternidad, y está publicando su enorme trabajo de investigación. Sin entrar en detalles, resumo a grandes rasgos las conclusiones de su tesis. La palabra “fraternidad” fue estrictamente sinónima de la palabra “iglesia” en los primeros siglos del cristianismo. Eso duró hasta el siglo IV; a partir de entonces tal uso disminuye gradualmente, sin desaparecer nunca, pero haciéndose cada vez más marginal. A principios del siglo VII todavía se sigue llamando a la Iglesia “Santa Fraternidad”.

La teología recogerá el concepto para desarrollar una cristología de la fraternidad; y así su uso para denominar a la comunidad de creyentes va quedando como secundario. Las tesis son las siguientes:

- Cristo, al encarnarse, asumió nuestra fraternidad humana

- Los sacramentos de la iniciación cristiana nos comunican, por el Espíritu Santo, la fraternidad con Jesucristo
- Así pasamos a ser realmente hermanos y hermanas en Cristo.

Se ve claramente que la fraternidad en Cristo es la Iglesia. La comunidad eclesial se compone de hermanos y hermanas de Cristo; y además, por ella y en ella nacerán otros hermanos y hermanas.

Un autor como Máximo de Turín († 420) dirá las cosas con mucha claridad:

“Y así, en fraternidad de caridad, todo era utilizado en común. Pero –no lo olvidemos– la fraternidad de Cristo supera a la de la sangre. En efecto, la fraternidad de sangre evoca solamente la semejanza del cuerpo, mientras que la fraternidad de Cristo manifiesta la unanimidad del corazón y del alma, como está escrito: ‘Los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma’. Por lo tanto, es hermano de verdad aquél que está emparentado no tanto por el cuerpo como por la unanimidad. El verdadero hermano, afirmo, es aquél cuyo mismo espíritu y cuya misma vocación están en el otro hermano. La Fraternidad de Cristo es pues, como ya he dicho, mejor que la de la sangre. La fraternidad de sangre a veces es enemiga de sí misma, pero la fraternidad de Cristo siempre es pacífica. Aquélla divide, por la envidia, lo que es común a todos; ésta, por el contrario, comparte con alegría sus propios bienes. Aquélla, en la comunidad, muchas veces desprecia al familiar; ésta con frecuencia acoge al extraño”¹.

Aunque el Nuevo Testamento utiliza raramente la palabra “fraternidad” para referirse a la Iglesia, toda la enseñanza de Jesús es límpida sobre este tema. La vida cristiana es una vida

¹ San Máximo de Turín, *Homilía XVII, 1*.

fraterna por excelencia, porque Dios es nuestro Padre y porque Jesús es el “primogénito de una multitud de hermanos” (Rm 8, 29). No olvidemos que quien cumple la voluntad del Padre es un hermano para Jesús (Mc 6, 3ss). Basta leer los Evangelios y los demás escritos del Nuevo Testamento para descubrir que la fraternidad es el valor ejemplar de la fe cristiana. En este año de la vida consagrada ¿no podríamos nosotros releer los Evangelios y otros escritos del Nuevo Testamento para descubrir en ellos el valor ejemplar de la fraternidad?

II. CONSTRUIR UNA AUTÉNTICA FRATERNIDAD

La Asunción y la fraternidad

Nos gusta hablar de nuestra Congregación como de una familia. Pero los escritos del Padre d’Alzon y los documentos de la congregación rara vez se expresan en términos de fraternidad. Sin embargo, hay que reconocer que la *Regla de Vida* utiliza con frecuencia el adjetivo “fraterno”; basta consultar el índice para verlo.

El espíritu del Padre d’Alzon corresponde ciertamente a este deseo de fraternidad que constituye el corazón del mensaje evangélico de reconciliación. Os invito a todos a leer la ficha *Hermanos en Cristo Jesús con Manuel d’Alzon*, que fue escrita para la celebración del bicentenario del nacimiento de nuestro fundador; ofrece pistas de lectura y da citas interesantes.

Cuando d’Alzon habla de familia, desea que cada uno encuentre su sitio en la congregación y que las relaciones se guíen por la caridad fraterna y la sencillez. Otras palabras pueden también calificar las relaciones interpersonales en el

seno de la comunidad, entre ellas, por supuesto, franqueza, desprendimiento, libertad, perdón, respeto mutuo, etc.

Pero el vínculo último entre todos los miembros es la fe en Jesucristo. En una carta dirigida a los alumnos del Colegio de la Asunción, el Padre d'Alzon les recuerda el papel decisivo de la fe en Jesús para vivir el vínculo de fraternidad:

*“Permitidme decir os algo de lo que tenéis que hacer en cuanto a la caridad. Los hombres, en cuanto dejan de ser hermanos en Jesucristo, son lobos entre ellos...”*².

En el *Directorio*, en el capítulo titulado “De la caridad”, nuestro fundador nos recuerda la importancia de las relaciones basadas en la fe:

*“Que todos se apliquen pues a tener los unos para con los otros una caridad llena de ternura, de estima, de respeto, de gravedad; que vean en los miembros de nuestra pequeña Sociedad las vivas imágenes de Jesucristo, templos del Espíritu Santo, hijos de la Santísima Virgen, nuestra madre común”*³.

*Que logremos, por la edificación de una caridad humilde, estrechar los lazos de fraternidad que deben unir a los siervos de Jesucristo, en cualquier parte de su viña que sean llamados a trabajar”*⁴.

Así pues, en la Asunción hay ciertamente una tradición de la fraternidad. Aunque nuestra congregación aparezca

² Manuel d'ALZON, Carta del 4 de diciembre de 1869 a los alumnos del Colegio de La Asunción.

³ Manuel d'ALZON, *Écrits spirituels*, p. 70.

⁴ Manuel d'ALZON, *Écrits spirituels*, p. 649.

siempre con la etiqueta de las congregaciones clericales, queremos vivir una vida fraterna hecha de sencillez y de franqueza; es más, no hay diferencia de grados o de calidad entre hermanos no-clérigos y religiosos ordenados; la nuestra es una congregación de hermanos iguales en dignidad, sean sacerdotes o no lo sean. Y aprovecho esta carta para insistir en que necesitamos significar ante todo nuestra consagración religiosa antes de reivindicar un ministerio ordenado. La vida religiosa necesita de hombres que se comprometan sin pretender *a priori* recibir la ordenación presbiteral. Estamos amenazados por un cierto clericalismo que nos aleja del Pueblo de Dios. En su consagración religiosa el Asuncionista se compromete decididamente por la fraternidad.

¿Verdad que es oportuno volver a las preguntas que nos lanza el Padre d'Alzon en el capítulo VII del Directorio sobre la caridad fraterna?

La fraternidad y la misión

El cristianismo es la proclamación del Evangelio como mensaje de fraternidad universal. Un mensaje que se deriva de la fe en Cristo, primogénito de una multitud de hermanos; y, en el actual contexto de la globalización, el cristiano debe fomentar y difundir un espíritu de fraternidad universal que trascienda todas las fronteras, pero enseñando a la vez a respetar la diferencia de las distintas culturas.

Jesús nos pide que anunciemos la Buena Nueva, que es un mensaje de conversión. Un mensaje que se basa en la relación universal de Dios con los hombres, en Cristo Jesús.

Existe una tensión entre la fraternidad constituida ya por la incorporación a Cristo en el bautismo y la aspiración de extenderla a toda la humanidad. La Iglesia tiene fronteras; el Reino no las tiene. El hermano es el bautizado, pero no podemos vivir sin desear que la Buena Nueva sea anunciada a todos. Es lo que dice nuestra Regla de Vida:

“El apostolado de nuestra Congregación inserta a nuestras comunidades en la misión de la Iglesia: congrega a todos los hombres en el Pueblo de Dios”. (*Regla de Vida* n° 13).

A veces, se da una tensión inevitable entre la vida comunitaria y el anuncio del Reino. Eso provoca dificultades para algunos, pero el Asuncionista sabe que el Reino debe progresar en él y alrededor de él. Las enseñanzas del Papa son interesantes para nosotros:

“Para alguno, ‘formar comunidad’ es considerado como un obstáculo para la misión, casi una pérdida de tiempo en cuestiones más bien secundarias. Hay que recordar a todos que la comunión fraterna en cuanto tal es ya apostolado; es decir, contribuye directamente a la evangelización. El signo por excelencia, dejado por el Señor, es el de la fraternidad auténtica: ‘En esto reconocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros’ (Jn 13, 35)”⁵.

La fraternidad es pues un signo que contribuye al anuncio de la Buena Nueva. Nadie puede pretender desvincularse de la vida fraterna en comunidad por motivos apostólicos. Ella es parte integrante de nuestro compromiso por el Reino.

⁵ Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, «*La vida fraterna en comunidad*», n° 54.

Pero hay que ir más lejos y decir que la fraternidad contiene un imperativo que hace de cada uno de nosotros un misionero. Hombres y mujeres que tienen el imperioso deber de anunciar la Buena Nueva del Reino.

Hay que recordar la grandiosa escena del juicio final tal como la describe el evangelista Mateo (25, 31-46): “En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos *hermanos* míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (Mt 25, 40).

Nuestra fe nos impulsa a actuar en pro de los más desheredados y a reconocer en ellos a hermanos de Jesucristo. La fraternidad es ciertamente el nombre propio de la Iglesia.

Y a nosotros ¿cómo nos impulsa la fraternidad a actuar en pro de los más desheredados y a reconocer en cada uno de ellos al hermano universal?

La fraternidad y el servicio de la autoridad

La vida fraterna necesita de un hermano que “presta el servicio de la decisión”. No hay vida religiosa si no se designa a un religioso para que ejerza la autoridad. Pero ¿es compatible ese ejercicio de la autoridad con el sentido profundo de la fraternidad? Las décadas que siguieron al Concilio Vaticano II estuvieron marcadas por una profunda contestación de la autoridad en todas sus modalidades. Hoy el debate se ha calmado, pero todavía quedan muchos cuestionamientos bien legítimos.

“Normalmente a Dios se llega en verdad sólo a través de la mediación del hermano humano, marcado también él por la debilidad. ¿No es precisamente ésa la economía de la encarnación?... De ahí –ya se adivina– el reto de la obediencia. Ésta hunde sus raíces en una actitud profunda de fe: creer que

viviendo plenamente *el riesgo de la fraternidad* uno oirá, en los consejos, sugerencias, u órdenes imperativas de sus “hermanos”, la propia voz del Señor. Así, la obediencia religiosa se explica por el riesgo de creer con otros, en el sentido fuerte que la Escritura da a la palabra ‘creer’: no sólo dar su adhesión a una doctrina que supera a la inteligencia, sino plantar en el hoyo de nuestra historia personal el dinamismo de la historia de Jesús”⁶.

La fraternidad no excluye la autoridad; la fortalece incluso, en la medida en que cada uno encuentra su verdadero lugar en la comunidad.

La vida religiosa no está organizada como las democracias políticas, aunque en nuestra forma de vida haya una expresión de la voluntad de cada uno, que debe ser tenida en cuenta en las decisiones. La vida religiosa asuncionista es diferente de la vida dominicana. La Orden de Predicadores insiste mucho en el modelo democrático: los priores son elegidos por los hermanos. En la Asunción tenemos una forma de gobierno que deja espacio para la consulta. Un hermano presta el servicio de la decisión, tras haber escuchado las distintas opiniones y rezado para hacer un buen discernimiento. La Asunción está marcada por el consenso, que no es el compromiso, aunque ambos términos están bastante próximos en su definición. El compromiso es una decisión que se basa en una negociación y un arbitraje. El consenso es un proceso lento que se basa en la *conversión mutua* de las partes. El consenso deja espacio para el Espíritu Santo. Permite a cada uno descubrir que la verdad no es propiedad de uno solo, sino que es ya fruto de la comunión.

⁶J.M. TILLARD, «Aux sources de l’obéissance religieuse» (Las fuentes de la obediencia religiosa) en *Nouvelle revue théologique*, n° 98, 1976, p. 836.

Hemos que entrar en esta cultura de la discusión y el diálogo para poder descubrir la opinión del otro sin prevención ni prejuicio. Necesitamos enfocar nuestra manera de gobernar cuidando de escuchar respetuosamente a todos, especialmente a aquéllos que, por su carácter o por formación, tienen menos posibilidades de expresarse espontáneamente.

Los Capítulos –locales, provinciales y generales– son ocasiones privilegiadas para establecer consensos. Hay un ejercicio, a veces largo y tedioso, que permite discernir los signos de los tiempos y ponerse a la escucha de la Palabra de Dios. Se trata de un ejercicio fraterno marcado por la corresponsabilidad y la caridad.

La fraternidad hace posible un sano ejercicio de la autoridad. Sabemos que estamos investidos de ella por un tiempo y que nuestro mandato de superior local, provincial o general tendrá un final. Ser superior es aceptar despojarse en aras del bien común. Estoy convencido de que en la Asunción el servicio de la autoridad se ejerce en un clima de gran fraternidad. Pero hay que ir más lejos en la abnegación. El cargo encomendado requiere hombres sobrenaturales, como decía el Padre Manuel d’Alzon: personas que releguen a un segundo plano sus aspiraciones personales y sus ambiciones.

¿Cómo situar la obediencia en la perspectiva fraterna? Yo creo que el religioso encuentra a Cristo en la obediencia y el reflejo del Reino de Dios en la comunidad. Del mismo modo que Cristo es el rostro humano del Padre, así el rostro humano de Cristo es la fraternidad. El servicio del superior es pues la comunión fraterna, para que la persona se configure a imagen de Dios en su relación con los demás. En otras palabras, la función del superior es “consolidar la comunión fraterna”⁷.

⁷ *Vita consecrata*, n° 43b.

El primer deber de la autoridad es construir con los hermanos una “comunidad fraterna en Cristo, en la cual, por encima de todo, se busque y se ame a Dios”⁸.

Hay culturas marcadas por el autoritarismo, y otras por el “comunitarismo”. En situaciones tales la comunidad religiosa está llamada a ser un signo de respeto y promoción de la persona. La auténtica fraternidad es contestación de los modelos de autoridad que no promueven el respeto a la persona y que atropellan las diferencias. La fraternidad permite también la apertura y la acogida respetuosa de las diferencias.

“Es necesario, por tanto, que [esta autoridad] sea, ante todo, una persona espiritual, convencida de la primacía de lo espiritual, tanto en lo que se refiere a la vida personal como en la edificación de la vida fraterna; es decir, que sea consciente de que, cuanto más crece el amor de Dios en los corazones, tanto más se unen esos mismos corazones entre sí”⁹.

En la Asunción, sabemos de la importancia del diálogo y el intercambio. Los superiores deben estar más prestos a escuchar que a hablar. La escucha respetuosa de los hermanos es requisito indispensable para un buen gobierno. Sólo después del intercambio y la oración interviene la decisión.

Vita consecrata nos recuerda también que la fraternidad es un lugar teológico fundamental, donde se experimenta la presencia de Cristo resucitado (n.º 42) :

⁸ Código de Derecho Canónico, can. 619.

⁹ «*La vida fraterna en comunidad*», n.º 50.

“En la vida de comunidad, además, debe hacerse tangible de algún modo que la comunión fraterna, antes de ser instrumento para una determinada misión, es *espacio teologal* en el que se puede experimentar la presencia mística del Señor resucitado (cf. Mt 18, 20). Esto sucede merced al amor recíproco de cuantos forman la comunidad, un amor alimentado por la Palabra y la Eucaristía, purificado en el Sacramento de la Reconciliación, sostenido por la súplica de la unidad, don especial del Espíritu para aquellos que se ponen a la escucha obediente del Evangelio. Es precisamente Él, el Espíritu, quien introduce el alma en la comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo (cf. 1 Jn 1, 3), comunión en la que está la fuente de la vida fraterna”.

Nuestra vida religiosa es presencia de Cristo resucitado, en la medida en que llegamos a vivir como hermanos, es decir, unidos por el vínculo de la caridad.

El perdón construye fraternidad

“Debemos superar sin cesar nuestras divisiones y limitaciones para reencontrarnos en la acogida y el perdón” (*Regla de Vida* n° 8).

Yo repito a menudo con Jesús que “todo reino dividido se convierte en un desierto”. La reconciliación es una prioridad para cada una de nuestras comunidades. Tenemos demasiadas divisiones, y a veces el rencor dificulta el perdón y la reconciliación. La paja de la ira se convierte en la viga del odio, como decía San Agustín. (*Regla* VI, 1).

El perdón es necesario para la vida fraterna. En nuestras comunidades ¿se deja suficiente espacio para el perdón y la

reconciliación? Jean VANIER, fundador de El Arca, comunidades donde personas discapacitadas viven con otras sanas, ha escrito un hermoso libro titulado “*La comunidad, lugar del perdón y de la fiesta*”. No puede haber verdadera alegría comunitaria si no hay lugar para el perdón. La reconciliación es necesaria para vivir con autenticidad la fe en Jesucristo. Todos tenemos que hacernos perdonar nuestras faltas de fraternidad.

San Agustín, como bien sabemos, insiste en la concordia y la unidad. Y sitúa el perdón entre los aspectos esenciales de la vida fraterna. La *Regla* es muy explícita sobre el tema y nos recuerda que quienes no quieran perdonar no tienen cabida en la vida comunitaria: “Y el que nunca quiere pedir perdón, o no lo pide de corazón, sin motivo está en el monasterio, aunque de él no sea expulsado. Por tanto, absteneos de las palabras demasiado duras. “(*Regla de San Agustín*, VI, 2).

A veces me sorprende ver cómo viejas querellas persisten en algunas casas religiosas. A veces somos demasiado propensos a criticar gratuitamente a nuestros hermanos. ¿Nos damos bien cuenta de que esa actitud, que puede llegar hasta la denigración, constituye un ataque a la fraternidad?

El Papa Francisco también ha constatado lo mismo y habla de ello en su Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*:

“A los que están heridos por divisiones históricas, les resulta difícil aceptar que los exhortemos al perdón y la reconciliación, ya que interpretan que ignoramos su dolor, o que pretendemos hacerles perder la memoria y los ideales. Pero si ven el testimonio de comunidades auténticamente fraternas y reconciliadas, eso es siempre una luz que atrae. Por ello me duele tanto comprobar cómo en algunas comunidades cristianas, y aun entre personas consagradas, consen-

timos diversas formas de odio, divisiones, calumnias, difamaciones, venganzas, celos, deseos de imponer las propias ideas a costa de cualquier cosa, y hasta persecuciones que parecen una implacable caza de brujas. ¿A quién vamos a evangelizar con esos comportamientos?”¹⁰

La insistente llamada del Papa es una invitación a hacer un examen de conciencia sobre nuestros rencores y nuestras divisiones. ¿No es verdad que existe una tendencia a no perdonar que es perjudicial para el ambiente de la comunidad? Con ocasión de mis visitas canónicas he podido constatar que ciertos acontecimientos muy antiguos –algunos que datan de varias décadas– eran heridas todavía abiertas. La fraternidad existe sólo si hay perdón, dado y recibido.

Creo que quienes por su función son responsables del discernimiento de las vocaciones deben estar atentos a la capacidad de perdón que tienen los candidatos a la vida religiosa. Si falta esta capacidad, es mejor no animarles a ir más adelante en la Asunción.

La reflexión del Papa nos lleva a hablar de la reconciliación. El perdón otorgado y el perdón recibido son fundamentales para construir la fraternidad.

“El hombre reconciliado ve en Dios al Padre de todos y, en consecuencia, se siente llamado a vivir una fraternidad abierta a todos. En Cristo, el otro es aceptado y amado como hijo o hija de Dios, como hermano o hermana, no tratado como un extraño, y menos aún como un rival o un enemigo. En la familia de Dios, donde todos son hijos de un mismo Padre, y todos están injertados en Cristo, hijos en el Hijo, no hay “vidas descartables”. Todos gozan de una dignidad igual e intangible. Todos son amados por Dios, todos han sido rescatados por la

¹⁰ *Evangelii gaudium*, n.º 100.

sangre de Cristo, muerto en cruz y resucitado por cada uno. Ésta es la razón por la que no podemos permanecer indiferentes ante la suerte de los hermanos”¹¹.

“La fraternidad religiosa –continúa el Papa–, más allá de todas las diferencias posibles, es una experiencia de amor que va más allá de los conflictos. Los conflictos comunitarios son inevitables: en un cierto sentido deben existir, si la comunidad vive realmente relaciones sinceras y leales. Esta es la vida. Pensar en una comunidad sin hermanos que viven en dificultad no tiene sentido y no hace bien. Si en una comunidad no se sufren conflictos, quiere decir que falta algo. (...)

La fraternidad es algo muy delicado. En el himno de las Primeras Vísperas de la solemnidad de San José del breviario argentino, se pide al Santo que custodie la Iglesia con ternura de Eucaristía, “*ternura eucarística*”. Bien, así se debe tratar a los hermanos: con ternura eucarística. (...) La ternura nos hace bien. La ternura eucarística no cubre el conflicto, pero ayuda a afrontarlo como hombres”¹².

El perdón es necesario para cualquier grupo humano. También está en el corazón de la oración del Señor. ¿Cómo olvidar esta llamada a perdonar, que viene del propio Cristo?

¹¹ *La fraternidad, fundamento y camino para la paz*. Mensaje del Papa Francisco para la celebración de la Jornada mundial de la Paz, 1 de enero de 2014, n° 3. Texto en español de Librería Editrice Vaticana.

¹² *¡Despierten al mundo!* 29 de noviembre 2013, diálogo del Papa Francisco con los superiores generales. Original italiano en la *Civiltà Cattolica*, traducción del P. Guillermo Ortiz, SJ, de Radio Vaticano.

El perdón es hoy lo que puede hacer avanzar la reconciliación. Nosotros, Asuncionistas, estamos presentes en la región de los Grandes Lagos de África Oriental. Queremos ser “artesanos de paz” y nuestra pequeña comunidad de Goma, cerca de la frontera con Ruanda, también tiene esta misión de trabajar por la paz y la reconciliación. Recientemente el Papa recibió a los obispos de Ruanda y reiteró la importancia del perdón. Pero ¿cómo ser constructores de paz, si primero no estamos en una comunidad reconciliada y abierta a la diversidad? La internacionalidad será, cada vez más, un testimonio de que podemos vivir como hermanos.

Tanto en nuestras familias como en nuestras parroquias, sufrimos, muchas veces sin decirlo, de esas actitudes que equivalen a una negación práctica de la fraternidad cristiana.

Hay en algunos una “esclerosis del corazón”, como dice la Biblia (*sklerocardia*), es decir, un corazón duro y que no es permeable a la gracia del perdón. Un corazón endurecido, eso es lo que hace que el religioso no viva la reconciliación, eso es lo que destruye la fraternidad.

La vida fraterna hace posible la práctica de **la corrección fraterna**. Se trata de abrir los corazones para que reconozcan humildemente sus pecados y se conviertan a la verdadera vida. En muchos casos, para seguir tranquilos, ya no nos atrevemos a practicarla y dejamos que nuestros hermanos vayan a la deriva. Tenemos una importante responsabilidad: posibilitar que cada uno vaya creciendo en santidad. No olvidemos la corrección fraterna.

“Si cualquier hermano del mundo, habiendo pecado tanto como sea posible pecar, puede encontrarse con tu mirada, pedir perdón e irse perdonado. Si no pide perdón, pregúntale tú mismo, si quiere ser perdonado. E incluso si después de

eso pecara todavía mil veces contra ti, ámale aún más de lo que me amas, y eso para llevarlo al Señor”¹³.

¿Qué lugar ocupan en mi vida el perdón y el atrevimiento de la corrección fraterna?

III. EL “VIVIR JUNTOS”

La dimensión social de la fe

El “vivir juntos” es difícil, pero la fraternidad cristiana es la esperanza de una humanidad reconciliada y pacificada. La fraternidad comporta un aspecto político que no hay que excluir de nuestras consideraciones. La Iglesia no encarna ningún partido ni ideología particular; su programa se encuentra en el Evangelio y en la petición del Señor de que nos amemos unos a otros amando a Dios con todas nuestras fuerzas. En muchos casos la Iglesia ha tomado el partido de los ricos y los fuertes, pero su historia se compone también de la multitud de aquéllos que se han opuesto a la miseria y a la opresión. El debate que hubo sobre la teología de la liberación se ha calmado, y la doctrina social de los últimos papas ha hecho ver las deficiencias tanto de las doctrinas comunistas como de las ideologías liberales capitalistas. La dignidad del hombre se encuentra en la fraternidad universal. Cada cristiano debe movilizarse en la sociedad para construir un mundo justo y fraterno. Esto obliga a hacer opciones políticas. El cristiano no se recluye en la sacristía.

“El Reino de Dios proclamado por Jesús es finalmente la revelación del amor incondicional de Dios... Cuando la revela-

¹³ San Francisco de Asís, *Carta a un ministro*, 9-11.

ción del amor de Dios (el Reino) encuentra una respuesta apropiada en una aceptación confiada de ese amor por parte de hombre (conversión), comienza un vigoroso movimiento de liberación personal y social que impregna la historia humana. El movimiento conlleva la libertad, en el sentido de que libera a cada individuo de las debilidades y obsesiones que le atan. Favorece la fraternidad, porque capacita a los individuos liberados para ejercer sus atenciones para con todos en una auténtica comunidad. Y conduce a la justicia social, porque impulsa a toda verdadera comunidad a que adopte estructuras sociales justas, las únicas que hacen posible la fraternidad y la libertad”¹⁴.

La fraternidad cristiana no puede ser concebida como rechazo del compromiso en la sociedad. Bien al contrario: el Reino de Dios no es una huida de las realidades temporales, sino la transformación de las mismas. La fe cristiana tiene una dimensión política, porque suscita la lucha contra las desigualdades y exclusiones. Es el espíritu de las Bienaventuranzas lo que nos impulsa a transformar el mundo para que haya más justicia y paz.

Y nuestra comunidad, ¿toma parte activa en esta transformación de la sociedad?

La espiritualidad de comunión

Vita consecrata llama a la vida religiosa *signum fraternitatis*. La vida consagrada es un signo (en el sentido teológico del

¹⁴ George SOARES-PRABHU, «*The Indian Church in the Struggle for a New Society*» (*La Iglesia india en la lucha por una nueva sociedad*), citado en Bruno Chenu «*Au service de la vérité*» (*Al servicio de la verdad*), Bayard, 2013, p. 426.

término) de la fraternidad. Esto, evidentemente, da que pensar. ¿Somos suficientemente conscientes de esta responsabilidad cuando nos comprometemos en la vida religiosa?

El Papa Juan Pablo II tiene una hermosa reflexión sobre el signo de la vida trinitaria que hay inserto en la vida comunitaria. Es el nº 41 de la encíclica:

“La vida consagrada posee ciertamente el mérito de haber contribuido eficazmente a mantener viva en la Iglesia la exigencia de la fraternidad como confesión de la Trinidad. Con la constante promoción del amor fraterno en la forma de vida común, la vida consagrada pone de manifiesto que *la participación en la comunión trinitaria puede transformar las relaciones humanas*, creando un nuevo tipo de solidaridad. Ella indica de este modo a los hombres tanto la belleza de la comunión fraterna, como los caminos concretos que a ésta conducen. Las personas consagradas, en efecto, viven “para” Dios y “de” Dios. Por eso precisamente pueden proclamar el poder reconciliador de la gracia, que destruye las fuerzas disgregadoras que se encuentran en el corazón humano y en las relaciones sociales”.

Un religioso asuncionista ya fallecido, el Padre Camille Durand, decía, estando en una casa de reposo, que le gustaba cada vez más la vida de comunidad. Le hice la pregunta de “¿por qué?” y me respondió que “la vida comunitaria le preparaba para vivir la vida trinitaria, que es una comunión de personas”. ¡Hermoso y profundo! ¿Somos conscientes de la gracia que se nos regala viviendo ya la vida trinitaria por nuestra inserción en la comunidad? Pienso que no pocos conflictos y tensiones quedarían resueltos enseguida si tuviéramos en cuenta esta participación en la vida divina.

El misterio de la fraternidad nos remite también al misterio de la paternidad divina. Si somos hermanos, es porque tenemos un mismo Padre. Una vida comunitaria sería nos

abre a contemplar el misterio de amor de un Dios que no deja de darse a sus hijos.

La fraternidad se opone a los comunitarismos y a las facciones en la vida religiosa. Hemos de estar muy atentos a las derivas posibles de la vida comunitaria cuando ésta se organiza sin apertura a los demás. No hay una selección a priori para vivir la vida religiosa; no podemos aducir criterios de raza, cultura, idioma, educación u origen para seleccionar a los hermanos. La verdadera catolicidad es el respeto a las diferencias. Tenemos que estar muy vigilantes, porque humanamente tenemos tendencia a crear fronteras para protegernos contra la diferencia.

Ahora que la congregación se ve marcada cada vez más por el signo de la **internacionalidad**, se refuerza por el hecho mismo la reflexión sobre la fraternidad. Nuestras comunidades quieren ser testigos de la reconciliación de las culturas y de los pueblos. Hoy muchas comunidades cuentan con la riqueza de múltiples sensibilidades culturales y nacionales en Europa, en África, en América y en Asia. Los hermanos aprenden a convivir respetando las diferencias. Pero todavía nos queda camino por recorrer para que el respeto sea más profundo. En muchos casos una cultura –generalmente la del país de acogida– domina sobre las demás. Yo animo en todas partes a que se creen comunidades multiculturales, en las que el pluralismo sea la norma. Tenemos que aprender a vivir con los demás y a respetarlos. Esto constituye una urgencia para hoy.

El Capítulo General de 2011 nos recordaba que “la vida fraterna en comunidad es una manera singular de anunciar la fe” (nº 10). El compartir el pan, la Palabra, la oración y la vida, ¿constituye realmente el signo central de nuestra comunión fraterna?

La fraternidad eucarística

La fraternidad existe para la comunión. Hay un sacramento que es el signo de la unidad y es, por supuesto, la Eucaristía. Agustín insistía mucho sobre la fraternidad:

“De aquí ciertamente se sigue que toda la ciudad redimida, o sea, la congregación y sociedad de los santos, se ofrece a Dios como un sacrificio universal por medio del gran Sacerdote, que en forma de esclavo se ofreció a sí mismo por nosotros en su pasión, para que fuéramos miembros de tal Cabeza; según ella, es nuestro Mediador, en ella es sacerdote, en ella es sacrificio.

Por eso nos exhortó el Apóstol a ofrecer nuestros propios cuerpos como sacrificio vivo, consagrado, agradable a Dios, como nuestro culto auténtico, y a no amoldarnos a este mundo, sino a irnos transformando con la nueva mentalidad; y para demostrarnos cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, conveniente y agradable, ya que el sacrificio total somos nosotros mismos, (...)

Éste es el sacrificio de los cristianos: unidos a Cristo formamos un solo cuerpo. Éste es el sacramento tan conocido de los fieles que también celebra asiduamente la Iglesia, y en él se le demuestra que es ofrecida ella misma en lo que ofrece”¹⁵.

Necesitamos escuchar de nuevo la enseñanza de Joseph Ratzinger cuando estaba como experto en el Concilio Vaticano II:

“De hecho, así fue entendida la Eucaristía en la teología clásica de la Iglesia: no tanto como el encuentro del alma con

¹⁵ San AGUSTÍN, *La Ciudad de Dios*, X, VI. Texto en español del sitio web «www.augustinus.it».

Cristo, sino como la *concorporatio cum Christo*, la unión de los cristianos en el único cuerpo del Señor. Una celebración eucarística, para llegar a ser la fuente del sentir fraterno debe, por supuesto, ser interiormente reconocida y realizada como un sacramento de la fraternidad...”¹⁶.

La Eucaristía hace de nosotros hermanos, incorporándonos al Cuerpo de Cristo. La celebración eucarística no es un acto de devoción individual, sino la penetración en el misterio del Cuerpo. La Eucaristía hace de nosotros hermanos. El gesto de la paz, que fue reintroducido por la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II, expresa bien que la misa es el sacramento de la unidad y de la comunión fraternas.

“La Eucaristía es el culto que hace sacramentalmente visible la fraternidad; y tiene consecuencias sociales y éticas. Por último, los cristianos, estando plenamente activos en las realidades del mundo, dan testimonio de su fe en Jesucristo en el corazón de la Iglesia, comunión fraterna”¹⁷.

¿Nos damos cuenta realmente de que “en la Eucaristía encontramos la fuerza necesaria para vivir la unidad a la que nos convida el Señor, [de que la Eucaristía] nos recuerda que tenemos necesidad unos de otros para caminar hacia el Reino de Dios” (Capítulo General de 2011, p. 74)?

¹⁶ Joseph RATZINGER, « *Frères dans le Christ* » (*Hermanos en Cristo*), Cerf, 2005, p. 86.

¹⁷ Hubert HERBRETEAU, *La fraternité. Entre utopie et réalité (La fraternidad. Entre utopía y realidad)*. Les Editions de l'Atelier, 2009, p. 147.

IV. UNA FRATERNIDAD A ESCALA DEL MUNDO ENTERO

La fraternidad y el ecumenismo

Hay una tensión en el uso de la palabra 'hermano' ya que, si reconocemos que es la fe en Jesucristo lo que nos hace hermanos unos de otros, estamos diciendo por el hecho mismo que también hay hombres y mujeres que no pertenecen a esta fraternidad. Al mismo tiempo, la ambición de Dios es sin duda "reconciliar todo" bajo un solo jefe, una sola cabeza: Cristo. Vivimos una profunda insatisfacción, porque el Reino ya está aquí, pero todavía no se manifiesta plenamente. Es misión nuestra trabajar para construir el Reino, un Reino de hermanos.

Es significativo el término que utilizamos para referirnos a los cristianos de otras denominaciones: hablamos de "hermanos separados". Reconocemos la fraternidad, aunque ésta sea imperfecta.

Nuestra fraternidad cristiana no puede quedar satisfecha con lo que ya existe. Su carácter incompleto nos causa sufrimiento y nos impulsa a trabajar por el advenimiento de una humanidad plenamente reconciliada. El trabajo ecuménico es una de nuestras prioridades. En cuanto a la misión *ad extra*, también es una urgencia para todos los cristianos. No podemos estar satisfechos con la situación actual. Deseamos que la fraternidad se extienda a todos los seres humanos. Ahora bien, ésta se constituye en Jesucristo.

Eso debería estimularnos a recuperar el sentido misionero, que ha disminuido un poco en los años postconciliares. Es importante respetar las diferencias religiosas y filosóficas, pero no podemos resignarnos a no entrar en diálogo para progresar hacia una fe más grande compartiéndola con otros.

El Reino de Dios es la realización plena de una familia unida y congregada por el Padre. El sueño de la fraternidad va incluido en el anuncio del Reino de Dios. La fraternidad tiene una dimensión social que no puede resignarse a dejar al borde del camino a quienes han sido golpeados por la pobreza y las debilidades.

La fraternidad cristiana elimina unas fronteras humanas, pero crea otras nuevas, que tenemos que reconocer. Es la experiencia de las primeras comunidades cristianas al interior del Imperio Romano, en el que las estructuras sociales estaban fuertemente jerarquizadas. El apóstol Pablo insiste a menudo en esta igualdad y esta fraternidad que tienen su origen en el bautismo: “Todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo: ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gálatas 3, 27-28). La pertenencia a Cristo elimina las distinciones sociales y religiosas. La fraternidad cristiana, que proviene de Cristo Salvador, supera realmente las fronteras internas de la sociedad.

Acoger al extraño

La alteridad está en el corazón de la vida fraterna. Todos diferentes, pero unidos por la fe en Dios. En palabras de Michel de Certeau, “la no-identidad es el modo en el que se elabora la comunión”¹⁸. Dios aparece como el extraño, el que viene a desorientar.

¹⁸ Michel de CERTEAU, «*L'Étranger ou l'union dans la différence*» (*El extraño o la unión en la diferencia*); D.D.B., 1991, p. 18.

“La caridad (...) establece la comunidad sobre la base de las diferencias, respetadas, pero reconocidas recíprocamente como indispensables; ella hace del amor el agente que no cesa de descubrir y de marcar la originalidad del otro o de los otros. La unión y la diferenciación crecen juntas”¹⁹.

Hay que reconocer que la formación de una comunidad de Hermanos también suscita una cierta exclusión. Escribía Joseph Ratzinger: “Si bien el cristianismo suprime las fronteras, no es menos cierto que él mismo es esencialmente el principio de una nueva frontera: la que separa a cristiano y no-cristiano. En consecuencia, el cristiano es inmediatamente hermano del cristiano, no del no-cristiano”²⁰. Pero el hombre que se convertirá en el Papa Benedicto XVI reconoce que la ambición de Cristo es sin duda congrega a toda la humanidad en la familia de Dios. Así pues, existe una tensión constitutiva de la fraternidad entre la legítima necesidad de reconocerse hermanos por el vínculo en Cristo y la necesidad de abrir esta fraternidad a quienes todavía no conocen a Cristo.

De hecho, viendo la vida de Jesús, hay un cierto número de relatos evangélicos que muestran cómo Cristo desmonta las fronteras demasiado precisas entre los “hermanos” y los “no-hermanos”, los de “dentro” y los de “fuera”. Por ejemplo, ese relato en el que Jesús está sentado en una casa. Sus hermanos y su madre quieren recuperarlo, apoderarse de él, porque está tomando una dirección que no es conforme al deseo de la familia. Pero él declara: “Quien cumpla la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre” (Mc 3, 35).

¹⁹ Michel de CERTEAU, *Ibidem*, p. 17.

²⁰ Joseph RATZINGER, op. cit. ; Cerf, 2005, p. 81.

Jesús se desmarca del vínculo exclusivo. Incluso si el hermano no es cualquiera, puesto que hay que cumplir la voluntad de Dios, no es menos cierto que la fraternidad en Cristo es una fraternidad abierta.

San Agustín dirá de la Iglesia que es un “cuerpo invisible”, es decir, que desborda lo que de ella se ve o se sabe. Ella no puede definir sus propias fronteras. El estudio de los escritos de Agustín muestra que él usa los términos *intus* y *foris* (dentro y fuera) sin por ello encerrar a la Iglesia en unas fronteras, porque es consciente de que esta oposición es extremadamente frágil. La experiencia pastoral del obispo de Hipona le permite poder romper su propia distinción: “Oigamos todos siendo todos Israel, ya los que estáis aquí, en los miembros de Cristo, o los que están fuera, pero no fuera; fuera en todo lugar, entre las gentes, y en todo lugar, dentro...”²¹. La Iglesia ya no tiene fronteras. En definitiva, la Iglesia sólo es plenamente Iglesia cuando deja de tener fronteras.

Y nosotros, ¿qué hacemos para testimoniar que la comunión cristiana no tiene fronteras?

Religiosos y laicos: juntos en fraternidad

Ya hemos entendido que la fraternidad es la Iglesia en la multiplicidad de sus vocaciones. Laicos, religiosos, ministros ordenados, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos: una diversidad que enriquece al Pueblo de Dios. La fraternidad en la Asunción ilustra esta participación de cada uno en una construcción armoniosa. Esta carta sobre la fraternidad no se limita a hablar de la vida entre religiosos, sino que incluye de manera explícita a todos aquéllos que participan en la vida

²¹ San AGUSTÍN, *Comentarios sobre los salmos, salmo 147*. Traducción de Balbino Martín Pérez OSA, en «www.augustinus.it».

comunitaria, sea cual sea su vocación eclesial. Esta carta sobre la fraternidad concierne de una manera especial a los laicos de la Asunción. En primer lugar, porque la fraternidad se construye con ellos y los religiosos. No puede haber verdaderas comunidades sin la participación plena y responsable de los amigos laicos de la Asunción. Una comunidad asuncionista es un signo del Reino y su apertura al mundo es necesaria para el testimonio. Además los laicos asuncionistas participan en la misión de la Asunción. La fraternidad debe ser vivida en toda su exigencia por cada uno de los laicos miembros de la Alianza. La fraternidad entre laicos y religiosos es indispensable. Yo diría que la primera misión es ya vivir esta fraternidad lo mejor posible día tras día. Esto implica una conversión, a la que ya nos invitaba el Capítulo General. Conversión de los corazones para vivir el perdón y la reconciliación. Un laico asuncionista debe descubrir constantemente el gozo del perdón. Los laicos, tal vez incluso más que los religiosos, están marcados por fuertes diferencias entre ellos: diferencias de situación social, de origen geográfico, de situación familiar, de opciones políticas. La diversidad es importante y puede dar lugar a reticencias en la aceptación mutua. La virtud de la tolerancia es importante. Pero más aún que de tolerancia, se trata de aceptarse diferentes para que el Cuerpo de Cristo pueda vivir con la riqueza de sus miembros. La conversión también es necesaria para los religiosos. La Alianza requiere una verdadera fraternidad, es decir, una apertura del corazón y de la mente para poder acoger en el seno de la comunidad a personas que han hecho la opción de una vocación eclesial diferente de la nuestra. Como es sabido, acoger a los laicos lleva a los religiosos a adaptar ciertos hábitos comunitarios, y eso a veces resulta exigente. Pero también sabemos que la apertura de nuestras comunidades es un verdadero enriquecimiento mutuo.

La fraternidad asuncionista es un signo del Reino.

V. LA FRATERNIDAD Y LA VEJEZ

La vida cristiana pone de manifiesto la solidaridad que existe entre generaciones. Jóvenes y ancianos están llamados a vivir juntos, y eso es una manera de vivir la fraternidad. No siempre resulta fácil, porque las diferencias son importantes y a veces hay no pocos malentendidos. La vida común hace posible la transmisión del tesoro de la vida religiosa de un veterano a un principiante. Todos necesitamos de los mayores. Es de lamentar que la sociedad, por diversas razones, margine a los más ancianos. Y es verdad igualmente que los mayores necesitan de la presencia de los jóvenes para no sentirse excluidos de la marcha del mundo.

“Pero si el vínculo entre las generaciones a pesar de la finitud merece ser llamado fraterno –cuando parecería más apropiado llamarlo paterno, materno o filial– se debe a la parte de frágil humanidad que uno reconoce en el otro, (...). Inversamente, las nuevas generaciones están llamadas a tener gestos fraternos respecto de las precedentes, sobre todo cuando, a las puertas del ocaso, su fragilidad solicita ayuda y ternura con un pudor a veces demasiado grande para llamar o retener la atención. Así, la fraternidad desemboca aquí en una alianza entre generaciones”²².

La cohabitación de las generaciones de más edad con las más jóvenes es una riqueza que no hay que desdeñar. La transmisión del patrimonio asuncionista se hace de boca en boca. Se necesitan testigos de la historia que cuenten sus experiencias y ayuden a los nuevos a comprender las opciones

²² Catherine CHALIER, «*La fraternité, un espoir en clair-obscur*» (*La fraternidad, una esperanza en claroscuro*), Buchet-Chastel, 2003, p. 134.

del pasado. Sólo la cercanía puede garantizar la continuidad de las generaciones.

Los sociólogos de la vida religiosa hablan del peligro de alter-congregación cuando la transmisión del legado entre generaciones deja de hacerse por falta de testigos de más edad. Es un riesgo que se da especialmente en las fundaciones jóvenes, donde los fundadores son demasiado pocos para asumir esta misión y el número de jóvenes es muy grande. Yo pido a nuestros mayores que estén disponibles hasta el final para asumir esta misión de transmisión a las generaciones más jóvenes. La Asunción, que está conociendo un nuevo desarrollo, tiene necesidad de hermanos mayores para facilitar el relevo. También en la vejez puede uno contribuir a la misión.

La fraternidad no es una cuestión de edad. Si las comunidades hubieran de reducirse a una sola generación, eso sería una pérdida para la vida religiosa. Es bueno que las comunidades asuncionistas puedan estar abiertas a la mezcla de generaciones distintas.

“Sanos o enfermos, jóvenes o ancianos, cada uno según su vocación y su situación, todos compartimos con nuestros hermanos esta misión apostólica” (*Regla de Vida* nº 19).

Ocurre lo mismo con los hermanos afectados por la enfermedad corporal o mental. Los enfermos también son nuestros hermanos. La tradición de las peregrinaciones en la Asunción ilustra bien esta voluntad de no hacer una Iglesia de dos velocidades, una que avanzaría rápidamente, y estaría formada por los sanos, y otra que iría más despacio y cuyas filas estarían constituidas por las personas enfermas o discapacitadas. La peregrinación nos recuerda que la Iglesia es una fraternidad en la que cada uno encuentra su lugar cualquiera que sea su estado físico o psíquico. La Regla de Vida nos lo recuerda con toda razón: “Nos ocupamos con cariño especial de nuestros hermanos enfermos y mayores” (*Regla de Vida* nº 9).

CONCLUSIÓN: LA FRATERNIDAD NOS DESPOJA Y NOS HACE FELICES

Fraternidad y pobreza

La vida religiosa se sitúa bajo el signo de los votos. De entre ellos, vuelvo rápidamente sobre el voto de pobreza, del que ya tuve ocasión de tratar en mi carta anterior. Existe un vínculo importante entre pobreza y fraternidad. La pobreza es probablemente la mejor vía de acceso a la fraternidad, ya que nos compromete a vivir desprendidos de los bienes y a crear así relaciones caracterizadas por el respeto y la sencillez.

Cito una reflexión de Leonardo Boff sobre San Francisco de Asís que parece esclarecedora:

“La pobreza es un modo de ser por el que el hombre permite que las cosas *sean*; renuncia a dominarlas, a someterlas, a que sean objeto de la voluntad humana de poder. Abdica de estar sobre ellas para ponernos junto a ellas. Lo cual exige una enorme ascesis de despojamiento del instinto de posesión, de dominio sobre las cosas y de satisfacción de los deseos humanos. La pobreza constituye la trayectoria esencial de San Francisco hecha desde el lugar físico de los pobres. Cuanto más pobre, más libre y fraterno se sentía”²³.

Así se despliega en el universo una fraternidad nueva por la que el *Poverello* llama hermano o hermana al sol y al agua. La fraternidad vivida con espíritu de pobreza permite al hombre estar en relación profunda con el conjunto de la Creación.

²³ Leonardo BOFF, *Francisco de Asís*, Editorial Sal Terrae 1982, p. 65.

La alegría de la fraternidad

La vida fraterna en comunidad es un don de Dios. A veces es difícil, pero contribuye a que crezca el Reino en nosotros y alrededor de nosotros. El Papa Francisco acaba de decretar un año de la vida consagrada, que vamos a celebrar próximamente. Él habla mucho de la alegría, que debe ser la condición normal del religioso²⁴. Yo estoy convencido de que la vida comunitaria es fuente de alegría evangélica. Es fruto de la comunión, que a su vez es un don del Espíritu. El Espíritu de Dios hace posible que vivamos como hermanos. Pido a Dios que esta alegría sea contagiosa y suscite vocaciones a la vida asuncionista. Hay enfermedades de la vida comunitaria, y la más importante es probablemente la que impide la reconciliación.

Nuestras comunidades deben ser comunidades hablantes, es decir, lugares donde cada uno pueda expresarse libremente y con serenidad. Eso significa que tenemos que escuchar al hermano cuando habla, porque dice lo que él es en verdad. La vida fraterna está tejida de vidas diversas y cada relato de vida, situado bajo el signo del Espíritu, es una historia de salvación. Tenemos que descubrirlas.

Aprender a hablarnos, a compartir, a comunicar. ¿No es ésta una de las carencias de nuestras vidas comunitarias?

Por último, también es bueno hablar de ternura en la vida de comunidad. Aunque seamos hombres, este sentimiento de ternura no debe ser apartado de nuestra vida cotidiana.

“Para el Papa Francisco, el sello de la fraternidad es la ternura, una “ternura eucarística”, porque “la ternura nos hace

²⁴ «*Alegraos*». Carta circular destinada a los consagrados y consagradas en preparación del año de la vida consagrada (2 de febrero de 2014, CIVCSVA).

bien”. La fraternidad tiene “una fuerza de convocatoria enorme. [...] la hermandad, incluso con todas las diferencias posibles, es una experiencia de amor que va más allá de los conflictos” ²⁵.

Espero que esta carta sobre la fraternidad reavive nuestro deseo de vivir como hermanos y de estar unidos. Nuestra credibilidad a los ojos del mundo pasa por nuestro compromiso decidido con el amor fraterno. La Asunción tiene su carisma propio en el que la vida comunitaria testimonia el compromiso por el Reino en lo cotidiano de nuestras vidas.

Concluyo pidiendo al Señor que nos haga vivir en la alegría y la paz.

Padre Benoît Grière a.a.
Superior General

Roma, 8 de septiembre 2014
Natividad de la Virgen María

²⁵ Cfr ANTONIO SPARADO, « Svegliate il mondo ! ». Colloquio di papa Francesco con i Superiori Generali, in : La Civiltà Cattolica, 165 (2014/I), 5. FRANÇOIS, Discurso a los participantes en la Asamblea plenaria de la Unión Internacional de Superiores Generales, Roma, 8 de mayo de 2013, en : AAS 105 (2013), 460-463.

ÍNDICE

Introducción	5
I. A la raíz de la fraternidad	7
<i>El vocablo “fraternidad” en la historia de la Iglesia</i>	7
II. Construir una auténtica fraternidad	9
<i>La Asunción y la fraternidad</i>	9
<i>La fraternidad y la misión</i>	11
<i>La fraternidad y el servicio de la autoridad</i>	13
<i>El perdón construye fraternidad</i>	17
III. El “vivir juntos”	22
<i>La dimensión social de la fe</i>	22
<i>La espiritualidad de comunión</i>	23
<i>La fraternidad eucarística</i>	26
IV. Una fraternidad a escala del mundo entero	28
<i>La fraternidad y el ecumenismo</i>	28
<i>Acoger al extraño</i>	29
<i>Religiosos y laicos: juntos en fraternidad</i>	31
V. La fraternidad y la vejez	33
Conclusión: la fraternidad nos despoja y nos hace felices ..	35
<i>Fraternidad y pobreza</i>	35
<i>La alegría de la fraternidad</i>	36

Agustinos de la Asunción
Via San Pio V, 55
I - 00165 Roma
Tel.: 06 66013727 - Fax: 06 6635924
E-mail: Assunzione@mclink.it